

## Amparo

La cuarentena nos ha afectado de manera distinta a cada una de nosotros. Para algunos, su estilo de vida no ha cambiado en lo más mínimo; para otros, su ánimo se ha alterado al ver las mismas paredes todos los días; y, otros más extraños, desde su inconsecuencia siguen su vida normal, saliendo y compartiendo como si nada pasara. Se empiezan a extrañar los seres queridos, se hacen publicaciones quejándose de las clases en línea y se pide egoístamente quitar la cuarentena.

Uno reflexiona sobre lo “aterrador” que es no haber salido con tus amigos en meses. Alguna gente asegura que nada es peor que eso, que la aburrida cuarentena no terminará nunca. Otras personas se dan cuenta de lo afortunados que son, de no tener que estar en los zapatos de las almas en cuarentena que salen por necesidad, que se sacrifican, que se ven como Amparo.

Amparo es la hija de una señora que vive a dos casas de la mía. Las veces que hablé con ella vi a una chica orgullosa de ser trabajadora, muy perseverante, amable y con un fuerte apego a su querida madre. Vivía en otra ciudad, pero los fines de semana venía a verla, se quedaba con ella hasta el domingo y le compraba cosas para la casa. La cuarentena la tomó por sorpresa, ella era la única fuente de cuidado de su testaruda madre y ahora le impedían verla. ¿Qué podía hacer Amparo frente a esto? Solo le quedaba aceptarlo y mirar cómo marzo se volvió abril y abril se volvió mayo... ese fatídico mayo.

Comencé esa mañana conectándome a las redes sociales, bajando a través de aquellas publicaciones sobre la maldita cuarentena y qué hacer para pasarla bien. Mi indagación se detuvo luego del bullicio que se escuchaba en la calle. Hace mucho no había tanto ruido en una calle fantasma. Ahí me fije en la puerta de la casa de la madre Amparo. La vi regresar a la casa por la noche luego de tres semanas, pensé que su madre estaría contenta de verla luego de tantos días. Pero ahí me di cuenta de que los hombres de trajes blancos sacaron a un cuerpo desde el marco, cubierto en un saco médico. Unos segundos después, una chica también se asomó por la puerta. Amparo tiritaba, las lágrimas fluían por su rostro, demacrada. Frágil. Yo seguía mirando por mi ventana, las publicaciones seguían

apareciendo en el inicio de la aplicación. “QUÉ HACER PARA NO ABURRIRTE EN CUARENTENA”. Aturdida, escuché el alarido de Amparo rompiéndose:

- ¿¡Qué hicimos mal!?

La pregunta flotó en el aire, nadie era capaz de responderla. Yo, por supuesto, tampoco sabía cómo hacerlo. Lo único que sabía es que un día nos reuniremos, seguiremos viviendo y esto será una anécdota más. Y la gente como Amparo llorará una tumba, dejarán un puesto vacío en la mesa y otro en sus almas. Terminará la pesadilla, pero siempre quedará esa sombra en nuestra vida que dirá:

- ¿Qué hicimos mal?

**Fernanda Rosario Valdés Acevedo**

**Colegio Chileno Árabe**

**Chiguayante**